

Psicología cultural: una disciplina necesaria

por David Preiss*

Telmo Eduardo Peña**

¿CUÁL CONSIDERA USTED QUE HA SIDO TRADICIONALMENTE EL LUGAR DE LA CULTURA EN LA EXPLICACIÓN PSICOLÓGICA Y EN LA CONFIGURACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO DE LA PSICOLOGÍA?

DP: Para responder esta pregunta es necesario tener presente que la psicología académica ha estado marcada desde sus inicios por la influencia de Darwin (1871): fue Darwin quien hizo conceptualmente posible el establecimiento de la psicología como disciplina científica al ubicar a nuestra especie dentro de la historia natural. La psicología ha descansado sobre los hombros de Darwin desde su fundación y ha tendido a adoptar supuestos relevantes del darwinismo que la han alejado de preguntas culturalistas: por ejemplo, desde sus inicios con Galton (1869), la psicología de la habilidad ha estado fuertemente marcada por un sesgo innatista. Por otro lado, incluso cuando ha sido ambientalista, como en el caso del conductismo, la psicología ha sido también darwinista –aun cuando se trate de un darwinismo sin herencia– y ha considerado el ambiente desde un punto de vista no simbólico: el ambiente del conductista es un ambiente de refuerzos mecánicos que afectan a un organismo sin mente.

No debe sorprendernos entonces que la cultura no haya sido una preocupación central para una gran parte de la psicología académica. Siguiendo el legado de Darwin, la psicología experimental ha tenido como aspiración permanente convertirse en una rama de las ciencias naturales, y, por consiguiente, las preocupaciones culturales han sido secundarias a su interés por develar la estructura universal de los procesos psicológicos, sean éstos mentales o conductuales, estructura que reflejaría distintas soluciones al problema básico de la adaptación. Por otro lado, tal como sugeríamos, la psicología de las diferencias individuales ha estado más preocupada por resolver qué fracción de la varianza en nuestros rasgos

es explicada por factores innatos y ambientales, antes que por el entendimiento del rol constructivo que tiene la cultura en la formación de esos rasgos. Cuando ha considerado el ambiente, éste no ha sido pensado desde un punto de vista simbólico o cultural.

Por la naturaleza de sus tópicos de interés, uno podría pensar que la psicología del desarrollo debiera haber adoptado un sesgo culturalista tempranamente, mas ese no ha sido el caso. La psicología del desarrollo también fue en sus inicios *a-cultural*. No debemos olvidar que los primeros desarrollistas consideraron al niño una especie de fósil viviente de la filogenia (Noon 2005). Es lo que se conoció como recapitulacionismo. El desarrollo individual sería, según escribió Haeckel en 1874, “a brief, condensed repetition of the long series of forms which the species, or the ancestral forms of the species, have passed through from the earliest period of organic life down to the present day” (citado en Noon 2005, 371). Inspirado en la hipótesis recapitulacionista, Robnson escribió en 1891 que los niños estaban dotados de un “intense conservatism” y preservaban “like ants in the resin of the tertiary epoch or mammoths in the frozen tundra of the quaternary –the physical and mental history of the species” (citado en Noon 2005, 368). Este enfoque inicial es muy bien resumido por la conocida noción que propone que la ontogenia reproduce la filogenia, a la cual se opone Vygotsky con firmeza (Kozulin 1990; Vygotsky 1978).

Es curioso que a más de cien años del establecimiento de la psicología del desarrollo, y a pesar de la creciente influencia de la psicología cultural, la psicología evolucionista haya reeditado esta noción de un modo más sofisticado. Los evolucionistas contemporáneos hablan de ‘instintos cognitivos’, y con ello enfatizan que aquellos procesos que los culturalistas consideran, usualmente, como procesos psicológicos superiores son, en gran me-

* Ph.D. en Psicología de Yale University, Estados Unidos. Actualmente es profesor asociado de la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: davidpreiss@puc.cl

** Ph. D. en Psicología Experimental de State University of New York, Estados Unidos. Profesor asociado de la Universidad del Rosario, Colombia. Correo electrónico: pena.telmo@ur.edu.co

dida, resultado de la evolución natural (Tooby y Cosmides 2005). En ese sentido, la psicología evolucionista es más sofisticada que la psicología del desarrollo temprana: si esta última estaba interesada en estudiar, por ejemplo, si el reflejo de prensión presente en los bebés reflejaba nuestro parentesco con los primates (Noon 2005), la psicología evolucionista contemporánea está más interesada en elucidar, por ejemplo, de qué modo el lenguaje humano es (o no) un instinto (Pinker y Jackendoff 2005). Steven Pinker (1997), plantea que esta nueva disciplina –la psicología evolucionista– es una alternativa intelectual al modelo estándar de las ciencias sociales. Este modelo estándar, a su vez, descansaría en el supuesto de que la mente es una tábula rasa que puede ser modificada en aspectos fundamentales por los procesos de socialización y enculturación. La psicología evolucionista opondría a este supuesto la noción contraria de que la cultura, tal como la conocemos, es el resultado del desarrollo de nuestras adaptaciones naturales. De este modo, no debe sorprendernos el escepticismo que algunos desarrollistas contemporáneos tienen respecto de hipótesis científicas que sugieren influencias culturales de relevancia en el funcionamiento de la mente, tales como la hipótesis Sapir-Whorf (es decir, la influencia que tienen diversos lenguajes sobre el pensamiento) o la hipótesis vygotskiana que sugiere que la internalización del lenguaje cumple un rol clave en la formación del pensamiento (Bloom y Keil 2001).

En síntesis, la psicología académica dominante nunca ha adherido al modelo estándar de las ciencias sociales. Si existe una nueva ciencia de la mente hoy, ésta –por los motivos mencionados– se ha desarrollado en la periferia de la psicología de corriente principal (Cole 1996).

TP: Considero que la cultura, o mejor, “los factores culturales”, han cumplido un papel importante en la explicación psicológica, aunque los diferentes enfoques lo han hecho cada uno a su manera y no necesariamente con un discurso claro sobre lo que constituyen estos factores. Más aún, tengo la impresión de que en la mayor parte de las teorías psicológicas se distinguen dos niveles: un nivel básico, que sería común a todos los sujetos psicológicos, y un nivel de forma y contenido, que estaría afectado por factores sociales y culturales. El primer nivel constitutivo de lo psicológico no estaría afectado por dichos factores, mientras que el segundo, el nivel de los contenidos psicológicos, sí lo estaría.

Justamente, si nos remitimos a Wundt y su *Völkerpsychologie* (traducida como psicología étnica o cultural), hay un

reconocimiento de los factores socioculturales en las explicaciones psicológicas (Greenwood 2003). En efecto, este autor consideraba que los sentimientos y los comportamientos de las personas están influidos directa o indirectamente por los demás. Wundt reconoce, de manera temprana, las dimensiones sociales de la cognición, la emoción y la conducta. Esto quiere decir, entre otras cosas, que lo que un individuo piensa, cree, siente, o la forma como se comporta, está orientado hacia la cognición, emoción y conducta representadas de los miembros de los grupos sociales. De esta manera, el proyecto de psicología cultural wundtiana estaba centrado en el estudio comparativo e histórico de los productos mentales de las comunidades sociales: “Todos los productos mentales presuponen como condición la existencia de una comunidad mental compuesta de muchos individuos” (Wundt 1902, citado en Greenwood 2003, 23).

El reconocimiento general de los factores socioculturales en la conducta lo podemos ver en distintas versiones del conductismo y su ambientalismo radical. En el caso de la conducta humana, esos factores ambientales están constituidos por factores socioculturales denominados, unas veces, “comunidad verbal” (Skinner 1957), u otras, “ambiente social” (Skinner 1953). Efectivamente, la mayor parte de los conductistas están de acuerdo en que la forma y el contenido de la conducta humana están determinados por los factores sociales, aunque los mecanismos de explicación de la conducta se consideran independientes de dichos factores. Se postula que toda conducta está sometida a los mismos “principios de la conducta” (en general, reducidos al condicionamiento y sus variedades respondiente y operante), pero se reconoce que el “ambiente social” modela y moldea lo que las personas hacemos, pensamos y sentimos.

En el psicoanálisis (Freud 2004) hay también un reconocimiento de los factores culturales en el desarrollo de la “psicopatología” individual y social, aunque gran parte del psicoanálisis clínico se ha centrado en el análisis de factores intrapsíquicos, sin que las reflexiones de Freud sobre la cultura hayan tenido una notoria influencia en la práctica clínica. Más bien, podría decirse que el aporte del psicoanálisis al análisis de los factores sociales y culturales ha sido más impactante hacia fuera de la psicología, que para ella misma.

En la corriente dominante en la psicología contemporánea –la psicología cognitiva–, la cultura o los factores socioculturales no parecen desempeñar un papel importante en el análisis de “lo psicológico”. El ambiente, cultural o de otro tipo, apenas es considerado como

input y todos los mecanismos psicológicos postulados operan de la misma forma, y para ello el análisis de la cultura ejerce un papel de muy poca importancia.

Sin duda, en los años recientes hay aproximaciones psicológicas que han tematizado de forma más directa lo referente a la cultura. Psicologías como la “histórico-cultural”, la psicología “cultural” o el “construccionismo social” han enfatizado la idea de la construcción social de la subjetividad, entendiendo esta última como aquello que constituye “lo psíquico”.

De forma convergente, la psicología interconductual, planteada originalmente por J. R. Kantor (1959) y desarrollada en México por Emilio Ribes (Ribes y López 1985; Ribes 2010), ha enfatizado el hecho de que toda conducta humana constituye la concretización individual de las prácticas sociales, y para ellos, hablar de conducta humana y conducta social es hablar de lo mismo. Se recoge la idea de Wittgenstein (1953) de los “juegos de lenguaje” como forma de vida, constituidos por lo que hacemos y decimos (es decir, la cultura). De esta manera, se considera, a diferencia del conductismo tradicional, que los conceptos utilizados para la explicación de la conducta animal son por lo menos insuficientes para revelar la conducta humana. La forma, función y estructura humanas son de naturaleza cultural. La cultura no es solamente una “variable independiente”, sino que constituye la “materia” de lo psicológico, es una de las condiciones de posibilidad de lo psicológico.

¿QUÉ IMPLICACIONES CONSIDERA QUE TIENE PARA LA INVESTIGACIÓN DE LOS PROCESOS PSICOLÓGICOS (E.G., APRENDIZAJE, MEMORIA, EMOCIÓN, PENSAMIENTO) LA ADOPCIÓN DE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA Y CULTURAL?

DP: Desde los pioneros trabajos de Luria y Vygotsky en Asia central (Luria 1982), que intentaron esclarecer el impacto de los procesos de escolarización y colectivización sobre el desarrollo cognitivo, la psicología cultural se ha propuesto desarrollar un programa de investigación empírica alternativo a los arriba mencionados. Las implicaciones de este programa son varias:

- La adopción de una perspectiva histórica y cultural lleva aparejada una redefinición del objeto de la psicología. Para la psicología cultural la evolución cultural (iniciada después de la aparición de la especie *Homo sapiens* aproximadamente doscientos mil años atrás) representa un quiebre fundamental con

el proceso de evolución natural (Tomasello 1999). La inspección de la evidencia arqueológica sugiere, en efecto, que el desarrollo de dominios simbólicos está estrechamente asociado con la aparición y diseminación de nuestra especie. Por ejemplo, hallazgos recientes sugieren que la música y la escultura –esto es, la expresión artística– emergieron en paralelo alrededor de treinta y cinco mil años atrás, y que logros similares no fueron alcanzados por nuestros cercanos parientes, los Neandertales (Conard 2009; Conard, Malina y Münzel 2009). De este modo, dado que los procesos de desarrollo cultural representan una discontinuidad respecto de los procesos de evolución natural, si vamos a entender la capacidad humana para la cultura, el estudio de la mente requiere ir más allá de la comprensión de supuestos módulos cognitivos que habrían evolucionado en el Pleistoceno. Debemos preocuparnos por entender nuestra adaptación biológica/psicológica para la adquisición de herramientas y símbolos culturales: esto es, nuestra capacidad para entender a otros miembros de nuestra especie como agentes intencionales, lo que constituye la base de los procesos de aprendizaje cultural propios de nuestra especie (Tomasello 1999).

- Por consiguiente, una comprensión completa de los procesos psicológicos básicos requiere incluir una consideración del rol que cumplen diversas variables culturales en su desarrollo. A modo de ejemplo, Tulving (2002) ha dicho que la memoria episódica es un refinamiento natural de la memoria semántica, refinamiento que es específico de nuestra especie. Sin embargo, una comprensión cabal de los procesos de memoria humana requiere considerar la memoria autobiográfica, que es, a su vez, un refinamiento cultural de la memoria episódica basado en las propiedades narrativas del lenguaje (Nelson y Fivush 2004).
- La adopción de una perspectiva cultural no sólo nos permite entender de qué modo nuestra especie diverge de otras especies cercanas o alcanzar una comprensión más acabada de procesos psicológicos básicos: nos permite entender también fenómenos culturales complejos como la adquisición de un sistema de escritura, esto es, el desarrollo de la *literacidad*. El hecho de que la escritura no sea una adquisición humana universal –todas las culturas tienen un lenguaje, mas no todas desarrollan un sistema de escritura– hace evidente las limitaciones de una psicología desatenta a los fenómenos culturales: para la psicología evolucionista, la escritura no es un problema de investigación de importancia; para la psicología cultural es un problema esencial, y por eso mismo ha recibido una atención privilegiada por parte de sus exponentes

(Scribner y Cole 1981). La inteligencia humana –en cuanto metacognición– es fundamentalmente el resultado de la adquisición de un sistema de escritura (Olson 2005). Una vez puesto por escrito, el lenguaje se transforma en objeto del pensamiento, lo que hace posible el desarrollo posterior de un metalenguaje y, por consiguiente, de sistemas complejos de pensamiento (Olson 1994 y 1996).

TP: Si se toma en serio la perspectiva histórica y cultural, la investigación de los procesos psicológicos básicos debería analizar los elementos comunes y diferentes de dichos procesos en función de las diferencias culturales. Es al menos una hipótesis plausible que la forma como recordamos, sentimos o pensamos varíe en algunos aspectos fundamentales, pero también es igualmente plausible que el hecho de que toda sociedad humana esté constituida por convenciones, instituciones, que haya intercambios de bienes, normas y sanciones, y que además toda sociedad humana esté articulada de forma lingüística (con las posibilidades y limitaciones que todo lenguaje humano implica), puede contribuir a que los procesos psicológicos mantengan algunos elementos constitutivos fundamentales en todos los humanos.

A manera de ejemplo, tomemos el caso del pensamiento. Tradicionalmente, se ha considerado que la forma como los humanos “pensamos”, es decir, el modo como razonamos, es básicamente el mismo y que las diferencias se deben a diferencias en el desarrollo ontogenético, o a que las personas de ciertas “culturas” no han logrado el nivel de desarrollo que caracteriza a la “racionalidad occidental”. Es bastante probable que al tener en cuenta los factores históricos y culturales encontremos que “los caminos” del pensamiento sean diferentes para cada cultura, y la investigación psicológica sobre el pensamiento debería tener presente esto. Sin embargo, si consideramos que todo pensamiento humano implica un juego de convenciones que sólo se puede jugar dentro de los límites que la convención permite, es también probable que haya elementos comunes y “transculturales” en la forma como los humanos pensamos.

En síntesis, los factores socioculturales (así como los factores biológicos) son condición de posibilidad de los procesos psicológicos humanos, y ello constituye la fuente tanto de lo común como de lo diferente. La investigación empírica en estas temáticas constituye un importante camino por seguir para la psicología que durante tanto tiempo ha seguido una línea de desarrollo centrada exclusivamente en una cultura occidental, predominantemente norteamericana y europea.

¿QUÉ IMPLICACIONES TIENE EL TRATAMIENTO QUE SE LE HA DADO A LA CULTURA EN PSICOLOGÍA PARA LAS RELACIONES ENTRE LA PSICOLOGÍA MISMA Y LAS CIENCIAS SOCIALES (E.G., HISTORIA, ANTROPOLOGÍA, SOCIOLOGÍA)?

DP: Las implicancias son evidentes. Una psicología completa requiere del diálogo interdisciplinario con estas disciplinas. Contrariamente, la psicología contemporánea ha favorecido el diálogo con las ciencias naturales, lo cual ha causado que la psicología contemporánea tenga una visión sesgada del funcionamiento de la mente humana: en efecto, la psicología cognitiva como especialidad ha sido devorada por las neurociencias, lo cual ha causado una progresiva pérdida de riqueza en la teoría psicológica, así como una creciente tecnificación del discurso psicológico. Si bien este vacío podría haber sido llenado por la psicología del desarrollo, la obsesión de los psicólogos contemporáneos con la estructura innata de la mente ha provocado que la psicología del desarrollo focalice su atención en la mente no escolarizada, es decir, en bebés o en niños menores de siete años. Un programa de investigación en psicología cultural, por el contrario, requiere atender a todo aquello que es ruido para la psicología de corriente principal y, especialmente, al proceso de educación. En ese sentido, no debe sorprendernos que una porción relevante de los psicólogos culturales, siguiendo el ejemplo de Jerome Bruner (1960 y 1966), tenga inquietudes educacionales. No se trata de que los psicólogos culturales tengan un sesgo político hacia las materias educacionales, más bien es que la educación es el proceso de transmisión cultural por excelencia y, en tal sentido, el objeto natural de una psicología de la cultura. Y si hay un cambio interdisciplinario por excelencia, ése es el de la educación.

TP: Desafortunadamente, las prácticas psicológicas dominantes hasta ahora han aislado a la psicología de las ciencias sociales. De manera formal, en casi todos los programas de formación de psicología se incluyen cursos de las ciencias sociales con el fin de proporcionar al estudiante una “formación integral” que incluya no sólo la formación en su disciplina (la psicología) sino también una formación de contexto proporcionada tanto por las ciencias sociales como por las ciencias biológicas. No obstante, este reconocimiento formal no ha permitido, en la mayoría de los casos, un acercamiento real entre la psicología y dichas ciencias sociales. Para muchos estudiantes de psicología, esos cursos constituyen una obligación que viene a quitar tiempo, que deberían estar dedicando a la psicología, o, en el mejor de los casos, una curiosidad temática que “ilustra” al ciudadano,

pero que no se integra a la reflexión psicológica. Otra tendencia que a veces se observa es reemplazar completamente la reflexión psicológica por la reflexión de las ciencias sociales (sociología o antropología, principalmente), en aras de considerar que el ser humano es un ser “bio-psico-social” y que, por lo tanto, cualquier reflexión sobre lo psicológico sería una posición reduccionista y “psicologista”.

A mi juicio, no se trata de abandonar la reflexión teórica y la investigación empírica de naturaleza psicológica a favor de una reflexión sociológica o antropológica. Se trata más bien de que, si se reconoce la naturaleza social y cultural de los fenómenos psicológicos humanos, las prácticas investigativas psicológicas (teóricas y empíricas) deberían tomar en serio los aportes de dichas ciencias para comprender los fenómenos psicológicos. No se trata de hacer psicología “folklórica”, ni de diluir la disciplina en una masa informe donde se mezclen categorías conceptuales que han surgido en contextos teóricos diferentes. En este sentido, abogo por una psicología que reconozca la naturaleza social (y, por ende, cultural) de los fenómenos psicológicos humanos, y por tal razón debe integrar dicha dimensión en la construcción de sus teorías, volviendo quizás al propósito inicial de Wundt. *

REFERENCIAS

1. Bloom, Paul y Frank Keil. 2001. Thinking Through Language. *Mind & Language* 16, no. 4: 351-367.
2. Bruner, Jerome. 1960. *The Process of Education*. Cambridge: Harvard University Press.
3. Bruner, Jerome. 1966. *Toward a Theory of Instruction*. Cambridge: Harvard University Press.
4. Cole, Michael. 1996. *Cultural Psychology: A Once and Future Discipline*. Cambridge: Harvard University Press.
5. Conard, Nicholas. 2009. A Female Figurine from the Basal Aurignacian of Hohle Fels Cave in Southwestern Germany. *Nature* 459: 248-252.
6. Conard, Nicholas, Maria Malina y Suzanne Münzel. 2009. New Flutes Document the Earliest Musical Tradition in Southwestern Germany. *Nature* 460: 737-740.
7. Darwin, Charles. 1871. *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. Londres: John Murray.
8. Freud, Sigmund. 2004. *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
9. Galton, Francis. 1869. *Hereditary Genius: An Inquiry into Its Laws and Consequences*. Londres: Macmillan-Fontana
10. Greenwood, John. 2003. *Wundt, Völkerpsychologie, and Experimental Social Psychology*. www.cliopsyche.uerj.br/agendainterna/Wundt.doc (Recuperado el 6 de junio de 2011).
11. Kantor, Jacob. 1959. *The Interbehavioral Psychology*. Chicago: Principia Press.
12. Kozulin, Alex. 1990. *Vygotsky's Psychology: A Biography of Ideas*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf.
13. Luria, Aleksandr. 1982. *Cognitive Development. Its Cultural and Social Foundations*. Cambridge: Harvard University Press.
14. Nelson, Katherine y Robyn Fivush. 2004. The Emergence of Autobiographical Memory: A Social Cultural Developmental Theory. *Psychological Review* 111, no. 2: 486-511.
15. Noon, David. 2005. The Evolution of Beasts and Babies: Recapitulation, Instinct, and the Early Discourse on Child Development. *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 41, no. 4: 367-386.
16. Olson, David. 1994. *The World on Paper: The Conceptual and Cognitive Implications of Writing and Reading*. Nueva York: Cambridge University Press.
17. Olson, David. 1996. Towards a Psychology of Literacy: On the Relations between Speech and Writing. *Cognition* 60, no. 1: 83-104.
18. Olson, David. 2005. Technology and Intelligence in a Literate Society. En *Intelligence and Technology: The Impact of Tools on the Nature and Development of Intelligence*, eds. Robert Sternberg y David Preiss, 55-68. Mahwah: Lawrence Erlbaum Associates.
19. Pinker, Steven. 1997. *How the Mind Works*. Nueva York: Norton.
20. Pinker, Steven y Ray Jackendoff. 2005. The Faculty of Language: What's Special about It? *Cognition* 95, no. 2: 201-236.
21. Ribes, Emilio y Francisco López. 1985. *Teoría de la conducta*. México: Trillas.

22. Ribes, Emilio. 2010. *Teoría de la conducta II*. México: Trillas.
23. Scribner, Sylvia y Michael Cole. 1981. *The Psychology of Literacy*. Cambridge: Harvard University Press.
24. Skinner, Burrhus. 1957. *Verbal Behavior*. Nueva York: Appleton Century Crofts.
25. Skinner, Burrhus. 1953. *Science and Human Behavior*. Nueva York: Free Press.
26. Tomasello, Michael. 1999. *The Cultural Origins of Human Cognition*. Cambridge: Harvard University Press.
27. Tooby, John y Leda Cosmides. 2005. Conceptual Foundations of Evolutionary Psychology. En *The Handbook of Evolutionary Psychology*, ed. David Buss, 5-67. Hoboken: Wiley.
28. Tulving, Endel. 2002. Episodic Memory: From Mind to Brain. *Annual Review of Psychology* 53, no. 1: 1-25.
29. Vygotsky, Lev. 1978. *Mind in Society: The Development of Higher Psychological Processes*. Cambridge: Harvard University Press.
30. Wittgenstein, Ludwig. 1953. *Philosophical Investigations*. Nueva York: Macmillan.